

FERNÁNDEZ-GÖTZ. M. *De la familia a la etnia. Protohistoria de la Galia Oriental*. Publicaciones del Gabinete de Antigüedades. Bibliotheca Archaeologica Hispana 41. Real Academia de la Historia, Madrid, 2014. 412 p.: ilustr., map., plan. ISBN: 978-84-15069-672-1.

Francisco Javier González García

Universidade de Santiago de Compostela

franciscojavier.gonzalez@usc.es

Podemos considerar *De la familia a la etnia* como un libro excepcional atendiendo a las dos acepciones que, para dicho término, recoge el Diccionario de la Real Academia Española: “que constituye excepción a la regla común” y “que se aparta de lo ordinario, o que ocurre rara vez”. Dejaré aparcada, por el momento, la explicación de cómo se adecúa el libro a la primera de dichas acepciones para centrarme, por el momento, en la segunda.

El libro se “aparta de lo ordinario” porque es un trabajo magnífico y, al mismo tiempo, porque, en tiempos de creciente demanda de internacionalización de la investigación, ofrece, dentro de una tradición investigadora centrada fundamentalmente en el estudio del registro peninsular, un ejemplo de cómo los investigadores españoles pueden contribuir también al mejor conocimiento de temáticas arqueológicas relacionadas con ámbitos geográficos ajenos a la Península Ibérica. En este caso concreto el trabajo estudia el sector oriental de la Galia con la finalidad de establecer cómo fue el proceso de creación de identidades de las comunidades que habitaron dicha área durante la Edad del Hierro.

La obra, que cuenta con un doble prólogo, en castellano y alemán, a cargo de Gonzalo Ruíz Zapatero (pp. 9-10) y Dirk Krausse (p. 11) respectivamente, se desarrolla a lo largo de una introducción y siete capítulos (pp. 13-300) y remata con un capítulo de conclusiones (pp. 301-311), seguido por dos resúmenes, en alemán (pp. 313-349) e inglés (pp. 351-356), y una abundante bibliografía (pp. 357-411).

En su “Introducción” (pp. 13-28), el autor enmarca su trabajo dentro del ámbito del estudio arqueológico de las identidades antiguas y a partir de la consideración de la arqueología como Historia Cultural, siguiendo así la línea iniciada por Ian Morris (2000). Este planteamiento se combina con un posicionamiento, típico de la historia antropológica, que tiene en cuenta la “otredad” de las sociedades del pasado. Esta aproximación a las “sociedades extrañas” de la Protohistoria se lleva a cabo a través de toda una amplia serie de fuentes, tanto escritas como arqueológicas, y con la ayuda de otras disciplinas afines (Etnoarqueología, Sociología, etc.). Se trata de una investigación que se desarrolla a tres escalas distintas: una primera aproximación, más teórica, al problema de las identidades (Capítulo 1); una presentación de las formas de organización sociopolíticas

de la Galia no mediterránea a fines de la Edad del Hierro (Capítulo 2) y, finalmente, el grueso de la obra, dedicado al estudio de la evolución diacrónica de las sociedades de la Galia Oriental, en especial el área Rin Medio-Mosela, desde el siglo VI a.C. hasta el 70 d.C. (Capítulos 3-7).

El primer capítulo (“Identidades y arqueología”, pp. 29-58) ofrece una aproximación, en clave teórica y general, al problema de la identidad, teniendo en consideración su carácter multidimensional. El autor nos aproxima a algunas de las temáticas más en boga en la investigación arqueológica del momento (agencia, estudio de las relaciones de poder, etc.) La presentación específica de la problemática vinculada con la etnicidad se abre con una aproximación a las diversas formas en que ésta ha sido considerada por la investigación para, finalmente, exponer cómo se entiende dicho concepto en la actualidad. El capítulo se cierra con una reflexión sobre las aproximaciones arqueológicas a las cuestiones relacionadas con el género, la edad y la clase, en tanto que ámbitos propios del estudio de la identidad.

En el segundo capítulo (“Familias, subetnias y etnias en la Galia prerromana”, pp. 59-94) se analiza, retomando una afortunada expresión de Benveniste (1969, 293-317), el tema de los distintos “círculos de pertenencia social” en que se estructuraban los grupos humanos de la Galia prerromana (desde el hogar y el grupo familiar extenso hasta agrupaciones mayores como la sub-etnia, la etnia o las posibles entidades macro-étnicas), así como las relaciones existentes entre ellos y los mecanismos que posibilitaban la integración de las unidades menores en otras de mayor tamaño (relaciones parentales, de vecindad y pseudo-parentesco, religión). Análisis que no se basa exclusivamente en la documentación arqueológica sino que también tiene en cuenta la información de las fuentes escritas, tanto epigráficas como literarias, en especial César. Como conclusión del capítulo indicar que, en él, se pone de manifiesto, en contra de la opinión general de gran parte de la investigación, el carácter antiguo de algunas de las etnias galas, en ocasiones varios siglos anteriores a la conquista romana.

Con el tercer capítulo se entra ya en el estudio específico de la protohistoria de la Galia Oriental (“Una creciente jerarquización social: el Hallstatt Final/La Tène Inicial en las cuencas del Rin Medio y Mosela”, pp. 95-136). Se procede, así, al estudio de la cultura arqueológica de Hünseruck-Eifel entre el 600 a.C. y el siglo IV a.C.; región importante, desde el punto de vista de la historiografía arqueológica, por tratarse de una de las zonas geográficas identificadas como área nuclear de ese “gran estilo” que fue la Cultura de La Tène y que, por ello, entronca directamente con la cuestión de la cultura celta. Desde fines del siglo VII a.C. en estas regiones se asiste a la aparición de procesos de centralización social y jerarquización, atestiguados a través de la aparición de las primeras sepulturas de elite y los *Burgen* (pequeños núcleos fortificados en altura que deben ser interpretados como espacios colectivos con funciones defensivas y de agregación y que, muy probablemente, también tuvieron connotaciones culturales). Estos procesos se aceleraron a partir del siglo V a.C., momento en que se produce la mayor concentración de enterramientos de elite y el surgimiento de grandes núcleos en altura, cuya aparición no parece que se tenga que vincular con un incremento de la inseguridad sino como la culminación del proceso de incremento demográfico y de jerarquización y que, atendiendo

a su regular distribución espacial, podemos interpretar como posibles lugares centrales que habrían actuado como “capitales” de entidades étnicas de mayor tamaño.

En el capítulo cuarto (“Continuidad, discontinuidad y migraciones”, pp. 135-158) se analiza e intenta explicar la ruptura, durante el siglo IV a.C., del proceso de jerarquización, fenómeno que, con toda probabilidad, fue consecuencia de un descenso demográfico, manifestado tanto a través de una serie de datos arqueológicos (reducción del número de asentamientos) como paleo-botánicos (presencia de pólenes indicativos de una disminución de la práctica agrícola). El autor considera que la hipótesis migratoria ofrece la explicación más plausible para dicha pérdida de ocupación humana, descenso poblacional que, en este caso, habría consistido en un éxodo parcial de la población y no en un auténtico vacío demográfico. Pese a que entre las causas que explican esta situación se encuentran ciertos cambios climáticos (empeoramiento del clima hacia el 400 a.C.), el autor también concede importancia al papel que en estas sociedades pudo haber tenido la migración, la escisión del grupo y su traslado a otras áreas como estrategia orientada a reducir la desigualdad social y evitar el crecimiento excesivo del poder coercitivo, es decir como mecanismo para, en términos clastrianos, “luchar contra el Estado” (Clastres 1974, 161-186).

El capítulo quinto (“División social, identidad y procesos de urbanización en la Galia de La Tène Final”, pp. 159-200) estudia la situación vivida dentro del conjunto de la Galia durante las fases finales de la Edad del Hierro, momento en que el territorio galo se encuentra dividido en comunidades que presentan una gran variedad de formaciones sociales, desde auténticos Estados arcaicos (como Eduos o Tréveros) hasta grupos caracterizados por formas organizativas menos centralizadas y jerarquizadas. El poder, en muchas de estas comunidades (*civitates*), estaba bajo el control de oligarquías aristocráticas apoyadas sobre amplias clientelas. Otro aspecto característico de este período es la aparición de grandes núcleos fortificados (*oppida*) a los que en ocasiones se puede calificar como auténticas ciudades. Se trata de cambios endógenos que se habrían visto estimulados por la conquista romana de la Narbonense y que permiten pensar que el origen de estos grandes núcleos no se puede atribuir, de forma exclusiva, a su posible papel como agrupaciones urbanas en las que se concentraban las actividades artesanales y comerciales. Algunos de estos *oppida*, en especial aquellos clasificables como “de montaña”, no parecen, de hecho, haber sido verdaderos centros urbanos sino lugares simbólicos de agregación. Este hecho lleva a pensar que su origen pudo haber estado motivado por cuestiones de tipo político-religioso y no económicas, tal y como parece indicarlo la existencia, en algunos de ellos, de lugares de culto o reunión anteriores a la fundación del asentamiento estable.

La presentación general de la situación de la Galia a fines de la Edad del Hierro da paso, en el capítulo sexto (“La Galia Oriental a fines de la Protohistoria. Poder e identidad entre Alto y Bajo Rin”, pp. 201-280), al análisis detallado de la evolución histórica y arqueológica del sector oriental del territorio galo, prosiguiendo, así, la labor iniciada en los capítulos tercero y cuarto. Esta zona, durante el período final de la Edad del Hierro, fue el lugar en que estaba asentada la *civitas* de los Tréveros. En dicho territorio se asiste, a fines del siglo II a.C., a la aparición de *oppida* a través de la reocupación de

emplazamientos ya habitados en el Hallstatt final o La Tène inicial y que habían conocido una etapa de declive o abandono en La Tène medio. Este proceso se debe de interpretar como una puesta en valor deliberada de grandes espacios en altura que ya contaban con un simbolismo en la memoria colectiva y se tiene que relacionar con la recuperación demográfica de la época. El rasgo más característico de los *oppida* tréveros viene dado por la existencia, en su inmensa mayoría, de espacios públicos-santuarios (cuyo ejemplo más conocido y espectacular lo ofrece Titelberg, la posible “capital” de la *civitas*) para la celebración de ceremonias religiosas, ferias y grandes asambleas. La regular distribución espacial de estos *oppida* permite pensar que el territorio trévero estaría dividido en seis o siete entidades menores (*pagi*, si nos atenemos a la terminología cesariana) sobre las que cada uno de estos asentamientos actuaría como centro, a modo de “capital” local. A partir de estos datos se puede presuponer, para el caso de los Tréveros, una organización de tipo federal, modelo que parece coincidir muy bien con lo que se conoce para otras comunidades, como Mediomátricos o Belovacos. En paralelo a este proceso también se observa una revitalización de las diferenciaciones sociales, manifiesta a través de los ajuares de las tumbas que, pese a la existencia de ciertas diferencias locales entre los tréveros (mayor concentración de tumbas con depósitos de carros o piezas de carro en el sector oriental frente a mayor presencia de importaciones itálicas en el área occidental), nos están hablando de la existencia de una organización social de tipo clientelar presidida por aquellos individuos que aparecen mencionados como *nobiles* y *príncipes* en las fuentes latinas. Las necrópolis, además, también manifiestan indicios de su carácter como lugares de integración y cohesión social a través del testimonio de algunas tumbas que parecen apuntar a la posible existencia de un culto a los antepasados, tanto a nivel familiar como a escalas superiores.

Esta imagen no puede ser ampliable a toda el área de estudio; de hecho, al sur y al norte del área del Rin Medio-Mosela se atestiguan distintas formaciones sociales coetáneas a los tréveros; algunas de ellas, como las existentes en las regiones meridionales, por ejemplo los Mediomátricos, presentan formas organizativas similares (existencia de *oppida*, intensas importaciones mediterráneas y acuñación monetaria temprana) mientras que otras, aquellas que ocupaban las áreas más septentrionales (como Eburones o Nervios) se caracterizan por formas organizativas más descentralizadas (ausencia de *oppida*, carencia o escasez de importaciones mediterráneas, acuñaciones tardías, fuerte pervivencia de elementos “retardatarios”, como la cerámica a mano, etc.).

El extenso capítulo sexto finaliza con una breve aproximación al problema de las grandes categorías étnicas del tipo celtas o germanos. Una vez negado el carácter del Rin como frontera divisoria entre ambas poblaciones, así como la distinción cultural que, entre unos y otros, realizó César, el autor, pese a aceptar las diferencias culturales existentes entre las dos orillas renanas, considera que los límites culturales nunca fueron tan claros como dieron a entender las fuentes latinas y que, de hecho, las identidades gala y celta se habrían ido configurando con posterioridad a la conquista de la Galia y como consecuencia del contacto con el mundo clásico.

El libro se cierra con un breve capítulo séptimo (“Cambio ontológico y continuidades de larga duración: la “romanización”, pp. 283-300) en el que se pasa una rápida revista a

las transformaciones que conocieron las sociedades prerromanas del área del Rin Medio-Mosela tras su integración en el Imperio Romano. Aproximación que se realiza desde una perspectiva postcolonial que, sin negar la conquista militar y el sometimiento al conquistador, atiende a los distintos ritmos del proceso de interacción cultural entre el mundo romano y el mundo indígena, así como a la capacidad de actuación de este último a la hora de configurar una forma propia de “ser romano”.

Al inicio de estas páginas dejé aparcada la explicación de porqué el trabajo de Fernández-Götz resulta excepcional atendiendo a la primera acepción del Diccionario de la RAE (“que constituye excepción a la regla común”). Pues bien, la presente obra se sale, por muchos de los planteamientos teóricos que la animan, de la norma o regla común de la inmensa mayoría de las investigaciones arqueológicas firmadas por autores españoles.

En primer lugar porque, a diferencia de otras muchas investigaciones arqueológicas, estamos ante un magnífico libro de Historia. Al situar su trabajo al amparo del concepto de Historia Cultural, la investigación que el autor lleva a cabo permite ver, por detrás del detallado análisis y exposición de los hechos arqueológicos, a las personas y a las formas sociales en que estas se organizaban, cosa muy de agradecer para todos aquellos lectores que, interesado por temáticas como las tratadas en la obra, no son, sin embargo, arqueólogos especializados.

El reconocimiento, por parte del autor, de la utilidad que presentan las fuentes escritas para el estudio de las sociedades de fines de la Edad del Hierro lo sitúa también a contracorriente de la investigación. Desde hace años se ha venido generalizando, en un importante sector de la investigación arqueológica, un desprecio cada vez más frecuente hacia las informaciones recogidas por los autores griegos y latinos con respecto a las poblaciones prerromanas (González García 2007, 102-104). Se trata de un posicionamiento totalmente injustificado que confunde el componente que dichas noticias tienen, al mismo tiempo, de discurso sobre el bárbaro y de informe utilizable por el historiador para intentar conocer una sociedad antigua (García Quintela 1999, 29-51). Fernández-Götz no aplica este tipo de cautela sobre las fuentes literarias antiguas y, así, no duda en utilizarlas, con el debido cuidado y rigor, llegando a ofrecer magníficos ejemplos metodológicos de cómo combinar las informaciones arqueológicas y literarias para obtener hipótesis interpretativas, tal y como sucede, por citar sólo un ejemplo, con su análisis, desarrollado entre las pp. 117-120, de las bases que explican la presencia, en la Edad del Hierro, de determinadas figuras femeninas dotadas de poder.

Otro rasgo que confiere excepcionalidad a la obra es su esfuerzo por recuperar (pp. 143-149), a contracorriente del grueso de la investigación arqueológica de las últimas décadas, la importancia de los fenómenos migratorios y de los movimientos de población en la Pre y Protohistoria. En los últimos años, y frente a una investigación arqueológica que ofrecía una imagen excesivamente estática y fijada a un territorio de las sociedades de la prehistoria reciente, se ha comenzado a recuperar la importancia del viaje, la migración y el movimiento de población como factores explicativos (ver, por ejemplo, para la Edad del Bronce: Kristiansen, Larsson 2005), dentro de una aproximación teórica que, evidentemente, nada tiene que ver con la hipótesis migracionista de la arqueología histórico-cultural.

Excepcional es, también, la aceptación, por el autor, del concepto de “celta” como operativo para llegar a conocer a las sociedades de la Edad del Hierro, posicionándose, de ese modo, a la contra de todos aquellos investigadores que pretenden hacer desaparecer lo celta y los celtas de la Protohistoria. Fernández-Götz acepta una concepción de lo celta liberada de la tradicional ecuación celta = cultura de La Tène + hablante de lengua celta + noticia de las fuentes antiguas, y reconoce que, bajo dicha denominación, “griegos y romanos describieron unas gentes que desde su punto de vista compartían una serie de rasgos culturales, que hablaban unas lenguas emparentadas y que en ciertas áreas –ipero ni mucho menos en todas!– desarrollaron una cultura material que hoy calificamos como latenense. Pero no por ello debemos caer en el error de asumir que existió una identidad absoluta entre esos tres componentes y que esa identidad fueran ‘los Celtas’ como etnia” (p. 280). En su opinión, lo céltico es, en realidad, “un fenómeno de ‘identidad cultural’, es decir, una serie de características culturales comunes a amplios territorios atlánticos y centroeuropeos que no conllevan la existencia de una cultura homogénea y que tampoco implican un solapamiento geográfico ni temporal de todos los componentes implicados” (p. 280). Entre estos rasgos más o menos compartidos estarían cierta afinidad lingüística y un trasfondo ideológico y religioso compatible con una heterogeneidad entre las distintas áreas.

Por último, también es excepcional el modelo teórico utilizado para explicar los procesos de etnogénesis de la Galia oriental. Frente a interpretaciones de tipo materialista, a las que tan dada es la arqueología como consecuencia de su frecuente contacto con la cultura material, Fernández-Götz opta por un modelo basado, fundamentalmente, en la importancia de los elementos ideológicos como mecanismos activadores de los procesos de complejización social. De hecho, la hipótesis que maneja, fundada, como el mismo reconoce, en “un modelo de etnogénesis basado en el desarrollo de relaciones de tipo vecinal, que van integrando a hogares y familias extensas en escalas identitarias más amplias de importancia situacional” (p. 308), recuerda muchísimo a la clásica explicación fusteliana sobre el origen de la ciudad antigua: a partir del culto familiar al antepasado, la sociedad antigua, espoleada por la religión, fue creciendo, a través de un proceso de integración en unidades cada vez mayores, hasta alcanzar la organización ciudadana (Fustel de Coulanges, 1864). En la explicación de Fernández-Götz se encuentran muchas de las ideas básicas de Fustel, empezando por el papel de la religión como activador de formas más complejas de organización social, tal y como se deduce, por ejemplo, de la hipótesis sobre el origen de los *oppida* que se defiende en el libro; en esta misma línea también podemos señalar la importancia que se concede al culto, en especial al del antepasado o del muerto heroizado (pp. 120-123, 223-230 y 250-253) en el proceso de complejización de las sociedades galas. Este hecho pone de manifiesto el valor y utilidad que siguen conservando, una vez criticada la hipotética e irreal arquitectura gentilicia en que apuntalaba su *Ciudad antigua* (Roussel 1976; Beltrán 1988), algunas de las ideas básicas que articulan la obra de Fustel como explicación no materialista del origen de la complejidad social. Son estas ideas, precisamente, las que han contribuido al desarrollo de otras hipótesis, más recientes pero igualmente fundamentadas en la religión, que han

permitido explicar el origen de otras antiguas formas complejas de organización socio-política como, por ejemplo la polis griega (De Polignac 1984).

En el debe de la obra, por señalar algún defecto, indicar que, personalmente, me habría gustado ver un poco más desarrollada la aplicación del concepto de “sociedades contra el Estado” de Pierre Clastres al mundo de la Galia Oriental de fines de la primera Edad del Hierro. Creo también que algunas de las imágenes que la obra nos ofrece sobre la Galia, como ese carácter de mosaico de variadas formas de organización política, desde distintos tipos de jefaturas hasta auténticos estados arcaicos, o la importancia que en todas ellas desempeñaron las clientelas, se habrían visto muy beneficiadas si se hubiese aplicado a estos indicios la hipótesis de Testart (2004) sobre el origen del Estado como consecuencia directa de la intensificación de los vínculos de fidelidad personal. Cuestiones que, de haberse plasmado en la obra, sólo habrían servido para mejorar, todavía más, este excepcional trabajo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BELTRÁN LLORÍS, F. 1988. “Un espejismo historiográfico. Las ‘organizaciones gentilicias’ hispanas”. En G. Pereira Menaut (ed.). *Actas del Primer Congreso Peninsular de Historia Antigua*. Volumen II. Santiago de Compostela, pp. 197-237.
- BENVENISTE, E. 1969. *Le Vocabulaire des Institutions Indo-européennes. 1. Économie, parenté, société*. París.
- CLASTRES, P. 1974. *La société contre l'État. Recherches d'anthropologie politique*. París.
- FUSTEL DE COULANGES, N. M. 1864. *La Cité Antique. Étude sur le culte, le droit, les institutions de la Grèce et de Rome*. París.
- GARCÍA QUINTELA, M. V. 1999. *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana III*. Madrid.
- GONZÁLEZ GARCÍA, F. J. 2007. “Celtismo e historiografía en Galicia. En busca de los celtas perdidos”. En F. J. González García (coord.). *Los pueblos de la Galicia céltica*. Madrid, pp. 9-130.
- KRISTIANSEN, K., LARSSON, T. B. 2005. *The Rise of Bronze Age Society. Travels, Transmissions and Transformations*. Cambridge.
- MORRIS, I. 2000. *Archaeology as Cultural History*. Oxford.
- POLIGNAC, F. de, 1984: *La naissance de la cité grecque. Cultes, espace et société (VIII-VIIe. Siècles avant J.C.)*, París.
- ROUSSEL, D., 1976: *Tribu et cité. Etudes sur les groupes sociaux dans les cités grecques aux époques archaïque et classique*, París.
- TESTART, A. 2004. *L'origine de l'État. La servitude volontaire II*. París.